

George

OPINIONES  
SOBRE LOS  
"PAPELES  
RECOGIDOS"

8

Florentino G. G. G.

ARBOLEDA & VALENCIA



# Opiniones sobre los "Papeles Recogidos"



1917  
Arboleda & Valencia.  
BOGOTA

Se junta aquí una parte de los artículos y cartas que vieron la luz pública con motivo de haberse impreso en Bogotá, a fines de 1915, la segunda edición de los «Papeles recogidos» del doctor Florentino Goenaga, y se les da publicidad para evitar que puedan dichos artículos y cartas extrañarse, lo que sería muy sensible por figurar en ellos notables trabajos suscritos por nombres ilustres y que merecen ser conservados cuidadosamente.

Junto con los coleccionados ahora se da a la estampa también los que fueron escritos y publicados cuando se imprimió la primera edición.

El doctor Goenaga está agradecidísimo a los distinguidos escritores que lo han honrado generosamente con sus benévolas apreciaciones, y a la ilustre Academia Colombiana, que ha tenido a bien discernirle inmerecidamente el alto honor de nombrarlo individuo correspondiente.

1917.

## NOTAS CRITICAS

«PAPELES RECOGIDOS», POR JUAN GABRIEL SIERRA (FLORENTINO GOENAGA). BOGOTÁ, IMPRENTA DE LA LUZ, 1894, 213 PÁGINAS.

Este pequeño y elegante volumen, que se puede leer en cosa de tres horas, contiene veintidós artículos cortos sobre varias materias, algunos de los cuales habían sido ya publicados en periódicos de la Costa y en revistas bogotanas. Esta circunstancia, y la de haber la *Revista Gris* dado cuenta de la impresión de dicho libro, nos hacen creer que no cometeremos gran indiscreción al dedicarle las presentes líneas, no obstante que el doctor Goenaga limitó la edición a algo así como dos o tres docenas de ejemplares no destinados al público, y por pura casualidad hemos visto uno de ellos.

La cualidad principal de *Papeles recogidos* es el estilo terso, correcto en lo general, armonioso, flúido, estilo que no cansa nunca. El doctor Goenaga tiene andadas ya las tres cuartas partes del camino para ser escritor de primer orden. Buen escritor, ya lo es; sólo le falta, por lo que hace a la forma, o mejor dicho, a la frase, que riegue sobre su tinta un poco de arenilla de la salvadera, que usan los autores pintorescos. La fuerza vital del estilo, es la imagen.

Respecto de los temas, se ve que el autor empezó a escribir sin pretensiones, por entretenimiento, por distraerse de ocupaciones graves, por adiestrarse para afron-

tar más luégo asuntos de mayor importancia. Acaba de caer en la cuenta de que sus ensayos podrian formar una preciosa colección, y los ha reunido como quien al regreso de un viaje saca de sus baúles y maletas y agrupa los recuerdos curiosos y dispersos que ha recogido a la orilla de un río, en la cima de una montaña, o en el fondo de un bosque. Así lo da a entender el título mismo de su obra. Y no le ha pedido prólogo a nadie, ni lo ha escrito él. En todo se observa que no hace hincapié en sus trabajos, y que no los estima sino en lo que son: impresiones fugaces de su vida, expresadas con sencillez en pulcra forma literaria, como por matar el tiempo.

Sus aficiones, tales como las descubre su libro, son realistas, pero de un realismo de buena ley. Ora describe las voluptuosas *cumbiambas* de los negros de la Costa; ora los bailes inseparables de las fiestas de la Cruz de Mayo; sus viajes penosos al través de los despeñaderos de la intransitable Sierra Nevada; las excursiones en compañía de camaradas, a varios puntos del Departamento del Magdalena, todo salpicado de anécdotas típicas, que levantan el vuelo de las costumbres actuales de los indios arhuacos y los goajiros y nos hacen asistir a algunas acciones de guerra de las innúmeras que han ensangrentado su tierra natal. El *Cuento del día* es una joya: el autor no comenta, sino que se limita a fotografiar: y ¿qué es lo que fotografía? Un estado de costumbres tal, que bien pudiera llamarse de candidez en la inmoralidad, como el caso de cierto prójimo que hizo a la Virgen promesa de emborracharse concienzudamente si ella lograba que cesase una impertinente lluvia. Hay otros rasgos mucho más característicos.

Sus observaciones críticas sobre autores y libros de diversos países, sin ser extensas ni minuciosas, son por lo común exactas. También en ellas predomina el criterio

realista; al hablar del destino de la poesía, dice que ella debe cantar las cosas de nuestro siglo. Esa es también nuestra opinión.

Mucho habría que discutir sobre por qué la poesía cuenta hoy menos lectores que en otras épocas. Opina el doctor Goenaga que se debe a que la novela la ha suplantado, y a nuestro juicio, esa puede ser la causa inmediata o aparente, pero hay otra más profunda, y es la invasión de la democracia. Por lo mismo que la democracia se compone de las grandes masas, y éstas, por falta de educación (en lo que no tienen culpa) y por las turbulencias de las luchas de intereses, no están en condiciones de inspirarse en sentimientos puros ni en gustos refinados, la poesía que habita regiones elevadísimas no puede ser accesible a todos los espíritus y las novelas si lo son, principalmente las de Zola que carecen por completo de delicadeza. Andando el tiempo eso se corregirá, cuando la educación se propague en el pueblo: es decir, la instrucción científica, animada con el cultivo de los sentimientos morales.

Es de desear que el doctor Goenaga escriba libros de más fuste, en que dé más desarrollo a sus ideas, extienda el radio de sus observaciones, y penetre más hondamente en el alma de la sociedad. Cuenta ya con lo principal, que es una excelente pluma. Podemos decirle (y se lo diremos, pues nuestro móvil ha sido dirigirle una voz de estímulo): sus planas están muy buenas, ya no tiene usted necesidad de hacer más ejercicios. Despójese del uniforme de alumno, cíñase el de ciudadano, y ¡a combatir!

RAFAEL M. MERCHÁN.

Bogotá. 1895.

## “PAPELES RECOGIDOS”

Nuestro amigo el doctor don Florentino Goenaga ha querido salvar del naufragio del olvido algunos articulillos literarios que ha publicado en diversos periódicos de la República. Los ha recopilado en un tomito de esmerada edición y ha hecho una tirada de 30 ejemplares. ¡Vaya un capricho! dirá cualquiera. Sí, un capricho con que ha querido obsequiar a los miembros de familia y a algunos amigos. Cada uno es dueño de sus acciones, y él ha querido con sus juguetes literarios «imprimirlos, pero no publicarlos» como nos dijo una vez.

Segurísimos estamos de que improbará el que tracemos estas líneas y las demos a la imprenta. Le pedimos mil perdones por la especie de indiscreción que con él cometemos y seguimos adelante.

Florentino Goenaga es uno de los jóvenes que más leen y que más provecho sacan de sus lecturas porque tiene una inteligencia preclara y una memoria que ahí se las va con la de Abadía Méndez, que es mucho decir; pero debido a una pérfida enfermedad tiene prohibición severa de los facultativos de dedicarse ahincadamente a estudios graves y a meditaciones profundas; por eso lo vemos siempre con algún libro entre manos, mas no vaya a creerse que son, por ejemplo, las Institutas de Justiniano o algún moderno comentador del Código Civil o algún tratado de Filosofía, nó, es algo ligero, ameno, que sacie su sed de leer, pero sin que requiera grande esfuerzo mental. Eso no obsta, sin embargo, para que un día sí y otro también se dedique a leer algo nutritivo para el alma.

Goenaga como escritor tiene, en nuestro concepto, estas condiciones: dicción correcta, claridad en la expresión, giros elegantes, observación atinada y profunda, esto úl-

timo, sobre todo. En una palabra, a fuerza de buenas lecturas y de bastante ejercicio ha logrado formarse estilo propio que es la aspiración de los escritores.

Veintidós artículos contiene el tomito que nos pone la pluma en la mano y aunque todos se leen no sólo sin fastidio, sino con positivo deleite, el que más nos agrada, entre todos, es el titulado *Veinte años después* en que el autor narra con admirable encanto un viaje a la Sierra Nevada (hoy poderoso imán de los que aman el trabajo) después de veinte años que no transitó aquellos senderos peligrosos. *Nordeste* se titula otro artículo, y a fe que aunque un poco desprovisto de objeto a que tienda, tiene rasgos envidiables, descripciones maravillosamente exactas y símiles de incomparable belleza como por ejemplo ésta: «De vez en cuando, de entre el turquí profundo de la montaña, surgía poco a poco y como con temor una nubecilla diáfana, que era al esbelto monte lo que al rostro de hermosa dama es el discreto y elegante velo con que se recata». Si esto no es delicado ya no hay delicadeza en el pensamiento.

Algún escepticismo superficial y fingido deja asomar el rostro en algunas páginas del librito. Comprendemos el escepticismo en almas avasalladas por el infortunio, mas no le ha sucedido esto al autor de *Papeles recogidos*.

Nada diremos de sus notas bibliográficas sino que son excelentes y dan acabada idea de los libros a que se refieren. ¿Y qué decir de algunas cosillas agridulces que tiene el tomito? Allá se las haya el autor con la dama que por ellas lo reconvenga.

No han de faltar quienes califiquen de superficiales los *Papeles recogidos*, pero esos no serán de aquellos que estén al tanto de poder apreciar las bellezas artísticas, ni mucho menos de los que sepan que hay muchos in-

genios que escriben cosas así y que con ese género de escritos se presta un servicio a la literatura.

Gústale sobremanera a Florentino Goenaga o llamémoslo por su nombre de guerra, Juan Gabriel Sierra, entretenerse en describir a las heroínas de sus cuentos y lo hace con donaire y gracia, de tal modo que le hace concebir al lector la idea que todas ellas son como «Eva al salir de las manos del Creador» aun cuando haya algunas que huelan pícaramente.

No hay que creer que cuanto Juan Gabriel Sierra dice de sus propios pensamientos y deseos sea verdad. No. Valga como prueba aquél ¡ay, quien fuera casado! con que termina *Mayo*.

MARCIAL.

(José Gnecco Laboree).

Santa Marta, 1895.

### “PAPELES RECOGIDOS”

Tal es el humilde título que el señor doctor don Florentino Goenaga ha dado a la colección de sus cuentos y artículos cortos, publicada en Bogotá, a mediados del pasado año, en edición nitida y bastante correcta.

Es lástima grande que el señor Goenaga, por modestia sin duda, haya privado al público de una obra entretenida y amena. A la generosidad suya débenle relacionados y amigos un volumen bello y de pequeñas dimensiones en la forma, de agradable y quizá útil lectura en el fondo.

Todos han experimentado el vivo placer, la satisfacción inmensa que se siente cuando llega a nuestras manos un libro escrito y publicado en nuestra propia patria y por algún ingenio de los nuestros.

No sabemos si a todos causa la misma impresión que al que esto escribe, pero es lo cierto que cada obra, opúsculo, folleto o periódico que se publica en Colombia,

ejerce sobre nosotros un poder mágico; no es la llegada de los trenes después de haber atravesado grandes distancias y peligros inmensos, ni el humear de las fábricas, lo que nos entusiasma y seduce; no, no es nada de eso, es el crujir de las prensas, que, facilitando prodigiosamente la comunidad de ideas, educa y da la prueba más patente de la cultura de un país.

Pero ya nos avergonzamos de haber querido elevarnos, resultando *casi, casi* con un párrafo de discurso ramplón, en prosa lisa y llana, a nosotros, como a todo hijo de vecino, el amor patrio nos hace interesar por lo que aquí se publica, por lo cual deploramos el desdén con que la mayor parte de los periódicos miran las pocas obras que entre nosotros se imprimen. Nada hemos visto acerca de *Papeles recogidos*, ni de otros libros publicados en el año pasado, y sin embargo, muchos de ellos son de grandísima importancia; por eso también hoy, aunque sin autoridad ninguna, hemos querido llenar ese vacío por lo menos, con respecto a una obra que está en nuestro poder.

Se compone la colección de que vamos hablando, de unos veintidós artículos de diverso género, publicados ya unos, la mayor parte, en varios periódicos de la República, otros inéditos. No pretendemos, ni con mucho, hacer un examen crítico del libro del señor Goenaga, si bien es cierto que lo merece, y sólo hemos querido darlo a conocer aunque sea muy por encima. Empezaremos, pues, por decir algo del estilo y manera con que está escrito. Nadie ha dado y difícilmente se podrían dar reglas precisas sobre el corte y buen manejo de la variada, abundante y exquisita prosa castellana; en estas materias, como en muchas otras, el gusto es juez casi absoluto, y al mismo tiempo, factor principalísimo en los buenos hablistas.

La prosa del señor Goenaga nos parece, en general, elegante y correcta, dotada de aquella soltura propia de

todo grande escritor; el desenfado que tanto nos agrada en prosadores como Menéndez y Pelayo, no escasea en el autor de *Papeles recogidos*.

Pero como todas esas cualidades de escritor, y aun el mismo gusto, no se adquieren sino con el estudio y lectura atenta de los buenos modelos, la manera como cultiva la prosa el señor Goenaga presupone en él un conocimiento bastante profundo de la literatura castellana; y no es solamente esta verdad más grande que un templo, la única razón que tenemos para afirmarlo: encontramos en su estilo condiciones que son más de escritor peninsular que americano: el gracejo, la sal española y aun cierta libertad para decirlo todo, que, de paso sea dicho, perjudica menos a la moral cristiana que la maldad velada a la francesa.

El estilo es, además, vivo y hasta cierto punto flexible a los diversos géneros literarios en que escribe; salpicado de bellas imágenes que le dan grande animación: «El mar parecía un gigantesco monstruo que, cansado de luchas colosales y de trabajos inmensos, se había echado a dormir perezosamente, según estaba de tranquilo».

Al par de estas y otras muchas cualidades, se encuentran, como es natural, algunos defectillos, entre los cuales es digno de notarse una que otra extravagancia en el modo de decir las cosas. Allá va un ejemplo: en su artículo *Nordeste*, escribe al hablar de la Sierra Nevada: «Alguno de nosotros sacó su album de viaje y bosquejó rápidamente, aprovechándose de la calma y silencio del Océano, los airosos y atrevidos contornos de aquella *arruga* nevada de la tierra». Y más adelante: «Los rayos del sol se abatían sobre nuestro pequeño barco como plomo derretido, y en la cubierta no había donde estar a salvo de aquella *orgia* de luz».

Somos enemigos de la crítica minuciosa a lo Valbuena, porque creemos que esta ciencia tiene misión más ele-

vada que cumplir, pero no suponemos que todo deba reducirse a teorías, abstracciones y generalidades: es necesario ir a puntos concretos y aun a menudencias. En una palabra, el sistema *valbuenesco* nos parece defectuoso por lo exagerado y exclusivista: *in medio virtus*.

Narrar y describir, hé ahí dos elementos de suma importancia en las bellas letras. Ellos son necesarios al poeta épico, al lírico y al dramático; al novelista, al *conteur*, y aun a todo aquel que se ejercite en los dominios de la amena literatura. Y no se diga que se adquieren fácilmente y que su manejo les es dado a todos: la narración sencilla y animada, la descripción corta, representativa y completa son privilegio de los buenos ingenios. Pues bien, el señor Goenaga narra con sencillez y encanto, describe con primor.

En sus mejores artículos *La Virgen de Perebere*, *Veinte años después*, *Por ignorar el idioma* y *María Bashkirtseff*, son esas las cualidades que más brillan y seducen.

Hemos nombrado cuatro artículos, para nosotros los mejores, o de lo mejor de la colección, y creemos deber nuestro decir algo de cada uno de ellos.

*La Virgen de Perebere*, que habia visto ya la luz pública en la entrega de la *Revista Literaria* de Bogotá, correspondiente al mes de agosto de 1893, es una magnífica descripción de una *romería* o viaje a visitar la milagrosa imagen de Nuestra Señora del Carmen de Perebere. Todo está pintado al natural, con mucha gracia y en estilo apropiadísimo a esa especie de cuadros de costumbres. La lectura de ese artículo nos recordó una fiesta semejante que hemos presenciado en el Desierto de la Candelaria el día de su Patrona. Los usos y costumbres son unos mismos. Por las reflexiones que hace el autor de que a propósito de la fiesta se van a cometer toda clase de excesos, vemos que *en todas partes se cuecen habas*.

Como nuestro propósito principal es dar alguna idea de *Papeles recogidos*, copiaremos algunos pedazos que hablan mejor que nosotros de lo que ella vale. Tomémoslos del artículo *Veinte años después*, que tiene por asunto un paseo a la Sierra Nevada:

«Sentía tener que atender a otra cosa que no fuese exclusivamente la contemplación de la naturaleza, que se muestra en esos parajes viva y omnipotente. Los árboles corpulentos enredan sus copas soberbias en las nubes, y la tierra, la madre tierra, exhibe su seno craso, negro, rico, generoso, fecundo. A veces se alcanza a ver la huella de una danta y hasta la de un tigre; los monos, al saltar de rama en rama, forman una bulla infernal, y el grito lastimero de las pavas, semejante a un gemido humano, impresiona tristemente los oídos».

«Elévase a formidable altura (el Nanú) arropada casi siempre su frente majestuosa, ora con cendales cándidos, ora con negras nubes, infalibles precursoras de próximos diluvios. Su fértil falda, esmaltada de plantíos, es regada por el ancho arroyo Chirúa, uno de los más hermosos entre los hermosísimos que fecundan la Nevada y hacen de ella un paraíso algo húmedo, es verdad, pero paraíso al fin. El Nanú es algo así como un Anteo en reposo, personificación de la cordillera, en el cual alientan todas las fuerzas naturales. Fáltale para ser perfecto, ver coronada su cima de nieve eterna, como su altivo rival el glorioso Pico de la Horqueta, que luce destumbradores, a fantásticas alturas, sus immaculados conos. En presencia de estas moles viejas, enormes, siéntese más pequeño el hombre, verdadero pigmeo, y la contemplación de ellas trae a los labios una sonrisa de desdén cuando se recuerda a ciertos liliputienses de ridiculez e insignificancia inefables, que honitamente se creen dueños y señores del universo mundo». *Veinte años después* tiene, además, como el anterior, las dotes de una narración excelente.

*Por ignorar el idioma.* En este bellissimo cuento, publicado ya en el número de noviembre de 1892 de *La Miscelánea* de Cartagena, muestra el señor Goenaga verdadero *ingenio*.

Decimos esto, porque para nosotros una de las cualidades de lo que se llama un *ingenio*, es interesar y entretener, con cosas que en sí no son interesantes ni entretenidas; en una palabra, escribir algo que, a pesar de tener un tema baladí, se lea con placer y agrado. Para nosotros no tienen grandes méritos las escuelas *efectistas*. Un Echegaray, por ejemplo, que nos hace poner los pelos de punta, porque escoge para sus dramas, asuntos y personajes aterradores, vale menos que un Bretón de los Herreros que, con temas y caracteres comunes, logra interesar y darnos un rato de recreo literario.

Pero es justo advertir que no siempre se manifiesta esta cualidad en los escritos del señor Goenaga. En *Un baño en el río*, por ejemplo, no le vale al autor ni apelar a sus recuerdos, pues el artículo le resulta frío y poco interesante.

Quizá es *idea* nuestra, pero nos parece que de los artículos del señor Goenaga, los que sobresalen son los publicados en Bogotá. A esta clase pertenece *María Bashkirtseff*, que vio la luz en la entrega de noviembre de 1892 de la *Revista Gris*.

Sin embargo, por ser este cuento más conocido que cualquiera de los anteriores, no nos detendremos a ponderar su belleza, ya de concepción, ya de estilo.

Dijimos al principio que la lectura de *Papeles recogidos* era agradable y quizá útil; y ahora afirmamos que la utilidad que puede dejar es no solamente la que queda de todo libro bien escrito, sino la que se adquiere en una obra que trata de asuntos importantes. Nos referimos con esto a los artículos de crítica literaria y principalmente a los que hablan de Pablo Bourget y Guy de Maupassant.

Don Florentino Goenaga, hombre de ilustración y que ha viajado por Europa, es conocedor, como todo caballero bien educado, de la literatura francesa. Sabe cuáles son los escritores actuales más notables de ese país, y los conoce. Por eso en cartas dirigidas al señor Director de la *Gacetilla*, trata de los dos novelistas franceses que hemos nombrado y que parecen ser de lo mejor que ha habido en estos últimos años en ese país, por excelencia culto y en donde abundan los autores.

No es una crítica profunda —ni él se lo proponía— la que hace de esos dos grandes novelistas y poetas; pero sus opiniones son juiciosas y bien fundadas, y la prueba de ello es que coinciden con las de críticos tan eminentes como Carlos Fuster y Brunetière, que tan famosos se han hecho por sus artículos de la *Revista de Ambos Mundos*.

A la escuela naturalista le ha llegado su hora: parece que será reemplazada, si ya no lo es, por su digna hija la escuela *decadente*, o por otra cualquiera. El pesimista, resignado y abatido Pablo Bourget y el grande y malogrado Maupassant parecían los destinados a darle la muerte; pero desgraciadamente loco y muerto, no hacía mucho, el último de ellos, había venido a ser reemplazado por alguno de sus compañeros.

Hemos concluido. Sólo nos falta pedir al señor Goenaga nos excuse por haber hecho de su obra una revista tan ligera y poco meditada; pero nuestro propósito era, como lo dijimos, llenar un vacío en la medida de nuestras escasas fuerzas, y con el poco tiempo de que hemos dispuesto.

L. RODRÍGUEZ

Zipaquirá, 1915.

## OPINION DE DON JUAN B. ECHEVERRIA

ACERCA DEL DISCURSO LEÍDO POR EL DOCTOR GOENAGA  
EN EL «LICEO CELEDON»

Don Florentino Goenaga, profesor de Historia en el Liceo, juriconsulto notable y literato de no pocos refintines, nos deleitó con su oratoria jugosa en la forma y en el fondo. Holgaría cuanto yo hubiera de decir de esta personalidad, cuya reputación de pensador vigoroso y reflexivo es harto conocida dentro del país, y aun fuera de él. Retraído por temperamento a la vida ruidosa que demanda el aplauso popular, comparte el tiempo que sus labores judiciales le dejan expedito entre el rescoldo de su hogar y los anaqueles de su bien seleccionada biblioteca. De ahí que su cerebro haya alcanzado, en el promedio de la edad madura, tan sólida y exquisita nutrición, y que de las celdillas del sistema celular que lo componen, su pensamiento derive ágil y fuerte, como de la recia contextura muscular derivaban a su vez en el antiguo circo, la agilidad y fuerza del renombrado gladiador romano.

(*Ecos del Magdalena*, números 45 y 46, de 21 de enero de 1908).

## LETRAS

..... También nuestro distinguido amigo el doctor Florentino Goenaga, actual Senador de la República, ha hecho imprimir en el mismo establecimiento de Arboleda & Valencia, un bello volumen de 382 páginas, que es la segunda edición de los *Papeles recogidos*. La primera edición, impresa luengos años há, fue hecha con gran primor en la imprenta de *La Luz*, dirigida por el célebre escritor cubano don Rafael M. Merchán, el cual, sobre ser un afamado polígrafo, fue un maestro insuperable en el noble arte

de la tipografía. La referida edición de los *Papeles recogidos* es hoy una verdadera curiosidad tipográfica que algunos conocen de nombre solamente por el elogioso artículo que les dedicó el señor Merchán en la época de su primera aparición. Lo mismo que la anterior, la segunda edición del libro no ha sido dada a la venta, sino que su autor la ha obsequiado a parientes y amigos, como lo manifiesta él en la modesta Prefación con que abre el tomo. Varios de los artículos de la primera tirada han sido suprimidos por el doctor Goenaga en esta segunda, pero en cambio la colección ha sido aumentada con otros artículos, algunos de los cuales tienen interés histórico. Sabemos que el doctor Goenaga ha sido felicitado por distinguidísimos ingenios de la República, a propósito de la impresión del volumen. Publicamos hoy la carta que el notable hombre público y de letras, insigne orador, doctor Hernando Holguín y Caro, que lleva con honra el peso de sus ilustres apellidos, dirigió a nuestro apreciado amigo y paisano el doctor Goenaga, con motivo de la aparición del volumen, y que es un juicio sintético de éste. Entre los artículos figura el titulado *Bastidas y Santa Marta*, que vio la luz en las columnas de *La Zona Bananera*, en 1913.

---

Bogotá, noviembre 11 de 1915.

Señor doctor don Florentino Goenaga.—L. C.

Muy estimado y querido amigo:

Doy a usted las más expresivas gracias por el hermoso volumen que ha tenido la bondad de enviarme; por la preciosa y *ruborizante* dedicatoria que lo adorna y por el placer que me ha proporcionado usted con la lectura de esas páginas, la mayor parte desconocidas antes para mí.

No tema usted que ese pequeño volumen corra la triste suerte que usted le anuncia en el prólogo, pues habrá

de ser siempre estimado y saboreado por las personas de pensamiento y que gusten de lo bello. Artículos como los consagrados a Maupassant, a don Rafael Pombo, *Cambios de Partido*, etc., no se olvidan y todos se recuerdan por la forma no sólo impecable sino deliciosa en que están escritos. En el discurso a Obaldia tocó a usted poner de antemano el inri a aquel nombre para siempre desdichado, y lo hizo usted en forma tal que sus palabras parecen la sentencia que por sus labios pronunciaba Colombia. Y en el estudio sobre Bourget previó usted con absoluta claridad la admirable transformación de aquel gran pensador, tan sutil como profundo, que es hoy una de las glorias del catolicismo, tradicionalista cerrado y hasta monarquista.

Mientras tenga el gusto de ir personalmente a casa de usted, reciba con estas líneas la expresión del aprecio con que soy, como siempre, de usted amigo afectísimo y seguro servidor,

HERNANDO HOLGUÍN Y CARO.

(*La Zona Bananera* de Santa Marta, número 143, diciembre 2 de 1915).

## “PAPELES RECOGIDOS”

(ARTÍCULOS DE FLORENTINO GOENAGA.—CASA EDITORIAL DE ARBOLEDA & VALENCIA.—BOGOTÁ).

Riohacha ha dado en todas las épocas hombres notables, como el Almirante José Padilla, en los tiempos de la Independencia, Luis Robles y los Ovalles en épocas posteriores. De aquel puerto de mar, abierto a la comunicación frecuente con el extranjero, son Gnecco Laborde, jurisconsulto y escritor de nota y los Goenagas que pertenecen a una familia privilegiada por su talento, su cul-



tura y su instrucción. José Manuel, ha sido uno de los políticos eminentes que han florecido de 1880 para acá; como diplomático está mostrando en su misión ante el Vaticano dotes que le hacen merecedor de la altísima misión que se le ha confiado; y como historiador ha dicho la última palabra en el célebre y discutidísimo punto de la visita de San Martín a Bolívar en Guayaquil, en folleto de que acaba de hacer segunda edición en Roma. Ramón, une a sus dotes de administrador una erudición no sobrepasada en Colombia sino por contadas personas. En Teodosio, el literato se muestra conocedor profundo de nuestra literatura y de las extranjeras, con un hondo espíritu de análisis y un estilo que ha recibido la consagración de la Academia Colombiana por sus elevados estudios sobre Caro y Brunetière.

Ahora viene Florentino a mostrarnos que si en la magistratura y en la abogacía había dado muestras de indiscutible capacidad, en el cultivo de las letras acredita el apellido que lleva. El volumen de sus escritos, que se ha servido publicar, no para dar a la venta, porque su modestia no le permite creer a sus producciones dignas de figurar en librería, contiene artículos que eran ya conocidos de sus amigos, por haber circulado entre ellos en opúsculo; pero la mayor parte de los que se encuentran en la nueva edición, no habían sido leídos por los que gustamos de los amenos productos de su pluma. Hace algunos días que estamos hojeando el libro que por gracia de obsequio ha llegado a nuestras manos y en él hemos leído juicios críticos sobre Bourget, Valera y Guy de Maupassant, que revelan conocimientos literarios nada comunes y apreciaciones de un pensador. En el estudio sobre Bourget, por ejemplo, escrito en 1890, ya preveía Florentino la conversión del gran novelista al catolicismo, que ha venido después a efectuarse como lo comprueba en sus obras posteriores. El anotaba esas tendencias cuan-

do leía *El Discípulo*, acentuadas después en *Cosmópolis*, *Tierra prometida*, el *Divorcio*, y sobre todo en la magistral novela *El Demonio Meridiano*, obra de un alcance moral, religioso y literario que es posible quede como la magna del ingenio de Bourget.

Creía entonces Goenaga que si Bourget no resultaba de la talla de Chateaubriand o de Víctor Hugo, capaz de llevar a feliz término una revolución literaria, no era extraño que surgiera entre sus camaradas alguno que tuviese el aliento poderoso de aquéllos y arrastrase en pos de sí una legión de brillantes ingenios. Hoy ya puede verse que ese hombre apareció no con la imaginación de Chateaubriand o la de Víctor Hugo, pero con un caudal de conocimientos que asombró a sus contemporáneos, un pensamiento profundo, un estilo macizo y una sinceridad tan evidente que impartía a sus ideas autoridad indiscutible. Brunetière causó en Francia una revolución literaria y religiosa, encauzó las letras por vías distintas a las de Zola, fue el inventor de los géneros en literatura, y ayudó a dar la estocada de muerte al hoy difunto positivismo. Bourget, Melchor de Vogüe, René Bazin, etc., lo preconizaban el maestro, palabra que aplicada a él sí tenía el verdadero sentido de conductor y fecundador de corazones y cerebros.

Algunas de las piezas del libro de que hablamos se resienten de la época en que fueron escritas. El bonito estudio sobre el doctor Rafael Celedón, hecho con el cariño y al mismo tiempo veneración que inspiraba aquel ilustrado y virtuoso varón, tipo de verdadero Ministro de Dios, no llega a la época en que la Santa Sede premió los méritos reales del misionero y del sabio y modesto sacerdote con la mitra del Obispo. Es de lamentarse que hubiera completado tan a la ligera, y sólo por medio de una nota, un trabajo que al rehacerlo para publicarlo hubiera podido ser el mejor del tomo.

Aunque el trabajo sobre don Juan Valera no es un juicio crítico de las obras del ilustre humanista español, sino algunas notas muy bien escritas y razonadas sobre el porvenir del castellano en América, con motivo de una compilación de cartas americanas del celeberrimo don Juan y de su polémica con don Rufino Cuervo sobre tan debatido punto, es posible que su entusiasmo por el dulcísimo Valera, como dijo Menéndez y Pelayo, hubiera disminuído un tanto a haber leído sus cartas privadas publicadas después de la muerte del ático escritor, en las que aparece más pagano de lo que se lo imaginaba el ilustre montañés. El hombre desciende en éstas con la rapidez de un globo que viene a tierra sin el lastre y el fluído que le habían servido para elevarse.

Los asuntos tocados por Florentino en su libro son muy variados; conceptos sobre obras y autores extranjeros, personalidades de nuestro país políticas y literarias, impresiones de viaje, y de sitios del Magdalena, todo eso escrito con buen juicio, con gran acopio de lectura, en estilo sencillo que no carece de interés ni de elegancia, y sin pretensiones de pasar por hombre erudito ni de dogmatizar. Sin dejar de mencionar su altiva y enérgica protesta sobre la desmembración de Panamá que adorna el volumen que tenemos a la vista, no podemos concluir esta rápida cuenta de su aparición sin llamar la atención sobre el interesante y sugestivo artículo titulado *En el Congreso*, donde se pinta a Máximo Ampudia, Representante al Congreso de Colombia. El párrafo siguiente parece muy oportuno citarlo, podría figurar con honor en el famoso libro de Jules Delafosse que lleva por título *La psicología del diputado*.

«Dócil individuo de la minoría, hablaba muy rara vez, casi nunca, y eso sobre asuntos de ningún interés político. Como Ampudia había conocido el Parlamento inglés, el francés y el español, sabía perfectamente que la

tarea del legislador no consiste sólo en pronunciar largas oraciones sobre todas las materias imaginables, fatigando a taquígrafos y cajistas del Congreso que mejor quizás que los elocuentes patricios, cumplen su mandato los que legislan sin estrépito, haciendo pasar tranquilamente y sin agitaciones peligrosas, buenas medidas legales, que dan prestigio a un régimen. Comprendía Máximo, que no era lerdo, que ninguno de sus colegas, era Mr. Gladstone, ni M. de Mun, ni don Segismundo Moret, y se sonreía con su sonrisa sarcástica, cuando la barra aplaudía fervorosamente cualquier sonora barrabasa de algún Representante de estentórea voz».

JUAN A. ZULETA.

## “PAPELES RECOGIDOS”

POR FLORENTINO GOENAGA.

De las prensas de Arboleda & Valencia ha salido este libro, destinado al solaz del autor y de sus amigos y no puesto a la venta. Florentino Goenaga, Magistrado y Senador, se considera como un *amateur* en el campo de las letras; y no se preocupa por el éxito editorial de sus producciones; y sin embargo, muchos literatos de profesión se darían por satisfechos con saber lo que él sabe y manejar la pluma con la habilidad y gracia que él demuestra en los miscelánicos artículos que componen este volumen.

Puede aprender un hombre, de memoria, todas las reglas del buen decir, y estudiar todos los trozos selectos que contienen las antologías, y sin embargo, no adquirir nunca un estilo fácil y elegante. El escritor nace, aun cuando es obvio que el estudio y la práctica contribuyen a desarrollar sus facultades y a hacerle producir fru-

tos hermosos y sazonados. Todos hablamos en prosa, y aun en este hablar común, hay un arte instintivo e implícito; pero la prosa artística, la que está destinada a realizar, como fin principal, la belleza, es cosa de índole muy distinta, y para llegar a manejarla con maestría, dándole vida y carácter propio, se requiere un esfuerzo quizá no menor que para dominar los metros poéticos. Campoamor llamaba a la prosa «la jerga animal del ser humano»; pero si nos fijamos en la que él empleaba en sus polémicas filosóficas y literarias, esa prosa viva, rápida, vigorosa, que da a las ideas más paradójicas engaste de oro; y sigue, sin fatigarse ni perder su transparencia, los más caprichosos juegos del pensamiento; fácilmente echamos de ver que ese instrumento no está al alcance de cualquier aficionado y que para escribir así, es preciso ser un grande artista de la palabra.

Florentino Goenaga es un hombre de gran cultura intelectual, que desde su voluntario retiro del Magdalena sigue apasionadamente el movimiento literario europeo; por lo cual nunca está desprevenido cuando se le habla de un autor nuevo o del último libro publicado en París. Y en su fino criterio, sabe, entre lo nuevo, escoger lo mejor, lo que está destinado a perdurar, cuando ya han pasado las cosas que sólo vivían por el prestigio de la moda. Gran lector de libros franceses, como lo somos, por lo regular, todos los hispanoamericanos, no afecta desdén por las buenas obras españolas, y su admiración por Maupassant y Bourget, no le impide gustar el encanto del castizo ingenio de un Pereda o un Valera. En 1892, cuando poco se hablaba aquí de María Bashkirtseff y de su famoso *Diario*, Goenaga escribió un precioso artículo sobre la extraña personalidad de esa mujer, que con su anhelo insaciable de belleza, su sensibilidad refinada y enfermiza; la constante vibración de sus nervios, y sus intuiciones geniales, parece simbolizar lo más ori-

ginal e inquietante del arte moderno: razón que explica la apoteosis que de ella hizo José Asunción Silva en un estudio posterior, digno de la artista rusa por la suprema belleza del estilo.

Un extranjero ilustrado que, aventurándose por las asperezas de la Sierra Nevada, hubiera tropezado con Goenaga, en traje primitivo y montado sobre un manso buey, como se describe él mismo en uno de los artículos del tomo, habría experimentado gran sorpresa al oír en boca de aquel extraño viajante versos de Tennyson, de Leconte de Lisle y de Carducci—correctamente pronunciados en sus idiomas respectivos—y juicios discretísimos sobre las novedades artísticas y literarias. Para alimentar estas aficiones, no le está mal a Goenaga el habitar una ciudad de la Costa, a donde llegan con más facilidad y rapidez los libros que al interior del país, aunque por otra parte, la residencia habitual en sitios donde el ambiente literario es escaso, priva a Goenaga de ocasiones frecuentes de comunicar a otros sus impresiones y de hacerlas, por tanto, más vivaces y fecundas, así como es motivo de que sus amigos lamentemos no disfrutar más a menudo de su grata e inteligente conversación.

Hay en el carácter de Florentino Goenaga (y bien lo demuestran sus escritos) un fondo de benevolencia y de optimismo, que parece rasgo de familia, pues se observa también en José Manuel y en otros de sus hermanos. Pero esta cualidad se combina en ellos con cierta vena humorística que impide caer en los excesos de un entusiasmo pueril y reduce las cosas a sus justas dimensiones; y esta es la sal que sazona los estudios y narraciones de nuestro escritor. Tiene Florentino una filosofía práctica, que le ha permitido llegar a la madurez de la vida con el corazón sano, con el ánimo alegre, y las facultades en envidiable equilibrio. Conserva el amor juvenil por las letras; pero si lo bueno le arranca expresiones de entusiasmo,

el espectáculo de la necesidad, aun cuando tenga el prestigio de la moda, le inspira una sonrisa discretamente burlesca.

Este libro, cuyo título modesto de *Papeles recogidos* demuestra la ninguna presunción con que lo presenta el autor, tiene ciertos rasgos característicos de la mentalidad colombiana, y es documento interesante para estudiar la psicología nacional, pues nos ofrece el curioso espectáculo, picante para un observador extranjero, de un hombre que ha vivido en medio de una naturaleza primitiva, entre los afanes de las luchas civiles y que en su niñez estuvo en un campamento, en calidad de *guerrillero*, y es al propio tiempo un ciudadano serio y estudioso, de temperamento pacífico y conciliador, cuya principal ilusión se ha fijado en hacer una bella colección de libros, y dedicar a su sabroso trato todo el tiempo que logra robar a sus ocupaciones profesionales. Este contraste entre un medio social, inquieto y turbulento, y un espíritu sereno y refinado, que en él se agita y en ocasiones se asfixia, explica el desequilibrio en que durante un siglo se movieron elementos cuyo funcionamiento armonioso habría producido el desarrollo y la grandeza del país; contiene la clave de muchos lastimosos e inexplicables fracasos y da la razón de la esterilidad de la acción de espíritus superiores que en ambiente más propicio habrían sido fuerzas decisivas de cultura y de progreso.

Como queda dicho, Goenaga es un excelente prosista, que se formó en buena escuela, esto es en la lectura de los grandes modelos españoles y americanos—Valera y Alarcón, Bello y Caro—pero que no procura imitar a ninguno de ellos, sino seguir su propia genialidad. Sabe el arte de redondear sabrosamente las cláusulas y de decir con donosura cosas que, expresadas en forma menos discreta, nos parecerían triviales. Como buen observador, sabe retener los detalles pintorescos y característicos y

los trasmite al lector en estilo que se distingue por su no afectada corrección. Léanse los artículos *Nordeste*, *La Virgen de Perebere*, *Veinte años después*, *Recuerdos* y otros por el estilo; y en otro género, los que se titulan *El veinte de julio*, *Rafael Pombo*, *Cambios de partido*, y se tendrá cabal idea de la bien cultivada mentalidad y del simpático ingenio de este amigo que sin pretenderlo, figura entre los buenos escritores colombianos y a quien felicitamos cordiamente por la publicación de su libro.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO.

Bogotá, noviembre 25 de 1915.

### “PAPELES RECOGIDOS”

Mi ilustre amigo doctor Florentino Goenaga ha publicado en segunda edición un libro que he recibido con obligante dedicatoria bajo el modesto título de *Papeles recogidos*.

La primera edición de la obra en referencia fue juzgada favorablemente por críticos tan exigentes como el renombrado literato cubano señor Merchán.

La segunda edición, corregida, cuenta con valiosas apreciaciones de cultivadores eminentes de las Letras como en efecto lo son Gómez Restrepo y Hernando Holguín y Caro.

*Papeles recogidos* está escrito en castiza prosa y con sencillez elegante. Tiene mi espíritu especial predilección por la obra del doctor Florentino Goenaga, pues que en ella se describen con hermosa naturalidad pretéritas costumbres de la tierra, en donde cristalizáronse mis grandes afectos íntimos, que en las silentes noches de plenilunio traen a mi memoria taciturnas añoranzas.

Con erudición plena y buen decir, el doctor Goena-

ga estudió las obras literarias de altos novelistas franceses. Y de acuerdo con su criterio político-filosófico—que hasta cierto punto no comparto—ora rechaza donosamente algunas teorías o ya acoge otras que él estima de gran beneficio social.

La obra contiene una gráfica narración de la romería a Perebere. Cuentos amenos de Riobacha y su rica provincia de Padilla.

Tierra prodigiosa el Departamento del Magdalena.

La fertilidad de su suelo la hace preferida de los agricultores. Cuenta con variados climas, para todas las plantas. ¡Aun las más exóticas crecen viciosas y lozanas! «Por que esta naturaleza—escribe en Dibulla el autor de *Papeles recogidos*—es bravía, indomable, y no hay hombre, por vigoroso que sea su organismo, que no sienta pronto el empuje de su poder soberano. Aquí se hunde uno y desaparece en el seno fecundo de la naturaleza; y cuando, por la mañana, se fija la mirada en los picos de la Sierra Nevada, mole gigantesca, coronada de eterna nieve, hay que caer en raptos de lirismo».

Después de lo que escribió acerca de la Sierra Nevada Eliseo Réclus yo no he leído nada más pintoresco que la descripción hecha por el autor de *Papeles recogidos* en su excursión a la región citada en el año 93.

¡La Sierra Nevada!

Llanuras extensas tapizadas de menuda yerba, senderos plétóricos de flores, cuya ambrosía la esparce suavemente la brisa por los montes con gran deleite para fatigados viajeros. Vírgenes montañas en que «la naturaleza se muestra viva y omnipotente». Sus caminos pedregosos, de cuestas amenazantes que provocan el vértigo... Sus ríos cuyo murmurio son musicales voces; linfa que corre mansamente sobre arenas límpidas; sonoro caudal de agua que se precipita por entre agresivos peñascales hacia pavorosos abismos....

La Sierra Nevada ofrece hermosos paisajes de sugestiva belleza. En sus crepúsculos multicolores, contemplados desde el risco más elevado del cerro de la Horqueta, diríase que la mano de un divino artífice dibujase fantásticas tonalidades ¡Qué esplendorosa fantasía. Los humanos ojos quédanse dilatados en contemplación de zona tan exhuberante, tan rica en medicinales plantas y ¡oh fatal incuria! tan abandonada de los gobiernos y de los mismos que debieran esmerarse en su cultivo.

Habitante de la Sierra Nevada es la raza arhuaca, de quien el autor de *Papeles recogidos* hace un breve estudio psicológico. «Y la verdad es que esa raza arhuaca —escribe el doctor Goenaga— inteligente, débil, de carácter suave, tímida, me parece condenada a desaparecer, y más vale que desaparezca, por virtud de sus leyes tradicionales y no por la persecución de los que se disciernen sin pruebas el título de civilizados».

¡Más afortunados los arhuacos que la raza indígena que puebla la península Goajira! Estos son perseguidos miserablemente por vecinos de la frontera, para venderlos en mercados de feria; como crueles sabuesos danles caza y luégo sacrificanlos esas gentes menguadas y mercenarias.

## II

*Papeles recogidos* hace algunos estudios de políticos y literatos ingleses y acotaciones sobre las obras de clásicos españoles.

Refiérese también a colombianos prestigiosos, como lo fue el filólogo y Obispo Celedón, apóstol que en verdad predicó y practicó la sabia doctrina de Jesús.

*Papeles recogidos* alude a mi padre, de quien fue grande amigo, noble, sincero, el señor doctor Goenaga. Esas páginas han puesto en mi corazón suaves caricias enternecedoras.

Y yo heredero de su nombre, rindo tributo de gratitud y de justicia al doctor Florentino Goenaga, al ciudadano magdalenense que honró a la Patria en el Istmo.

Juzgando en semblanza literaria, la labor de Tomás Emilio Pichón, el doctor Goenaga consigna estos párrafos:

«Su nombre puesto al pie de muchas poesías, no era ya ignorado en Colombia, y si más tiempo viviera y más tiempo consagrara a la meditación y al estudio, se habría seguramente conquistado un lugar distinguido entre los cultivadores de las Letras».

«Tuvo también sus veleidades por el teatro, y publicó una comedia en la cual aunque se nota la inexperiencia propia de la corta edad del autor, se advierte talento, gran facilidad de versificación, dotes que lo hacían apto para producir, con el transcurso del tiempo, alguna obra de notable mérito. Publicó también una muestra del *Diccionario Geográfico del Magdalena*, etc., etc».

### III

Consagrado está el último capítulo de *Papeles recogidos* a don Rodrigo Galván de Bastidas, fundador de la gloriosa ciudad de Santa Marta.

Lanza la idea el doctor Goenaga—que ha sido acogida con beneplácito—de erigir una estatua al célebre Adelantado. Y al efecto invita a la Nación y a la generosa Barranquilla para que «junte sus esfuerzos al Departamento» del Magdalena hasta realizar el homenaje, en el cuarto centenario de la fundación de Santa Marta.

Los admiradores del doctor Goenaga deploramos que por su exagerada humildad no hubiese hecho una edición más profusa de su solicitada obra, en cuyo prólogo se dice que tan sólo fue editada para obsequio de contados amigos.

¿Temor de que *Papeles recogidos* duerma en polvorientos anaqueles el sueño de los siglos?

Nó; porque es fama que la áurea pluma que trazó sus páginas, es de las más gallardas con que se ufana la Costa Atlántica.

¡Mérito excelso de la modestia que luce, con hermosa intensidad sus resplandores, cuanto más se aleja de la marea vanidosa!

TOMÁS EMILIO PICHÓN.

(*El Derecho*, de Barranquilla, número 460, de 7 de diciembre de 1915).

## BIBLIOGRAFÍA LITERARIA

(FLORENTINO GOENAGA «.—PAPELES RECOGIDOS».—ARBOLEDA & VALENCIA.—BOGOTÁ).

Con amable dedicatoria de su autor recibí hace pocos días el libro *Papeles recogidos* del que han hablado con elogio eximios críticos y gentes de buen gusto literario. Y a fe que los primeros han sido justos en la alabanza y las segundas acertadas, como de costumbre, en la adopción.

*Papeles recogidos* no es un libro de pretensiones, ni tendencioso. Su factura material misma está pregonando su elegante discreción. Un tomito bien presentado que cabe exactamente en el bolsillo de la americana y que puede hacernos grata compañía y matarnos el tedio de los domingos provincianos, o de los setenta y cinco minutos, que se gastan por ferrocarril de esta arenosa villa, al puerto más frecuentado por barcos extranjeros de entre todos los de la República de Colombia.

En las líneas que preceden a los *Papeles recogidos*, escritas con *humour* verdaderamente sajón, Florentino Goenaga, el hombre más curado de vanidades que yo haya

tratado en mis cuarenta años de vida, explica que la segunda edición de su libro, al igual de la primera, «tampoco será dada a la venta porque el autor juzga que sería una verdadera exacción ir a exigirle dinero al público sin que éste reciba nada en cambio». Pues yo aconsejo a cuantos amen la buena literatura, que si en sus manos cae un ejemplar de *Papeles recogidos*, porque lo perdió su dueño o porque tuvo la imprudencia de darlo prestado a un amigo que se conduce con los libros lo mismo que con las novias, lo compre en seguida, seguro de haberse procurado un dulce cordial.

Porque esto más tienen en su abono los *Papeles recogidos*. Se desprende de ellos tal bienestar, tal emanación de vida sana, de corazón noble y de intenciones rectas, que la lectura produce al espíritu, la misma impresión que al cuerpo, la zabullida de un río de claras y frescas aguas, después de un día canicular. Hay libros que enferman la mente, porque la torturan con problemas intrincados; hay otros que enferman el corazón porque en ellos descubrimos luchas trágicas de sentimientos y pasiones y hay otros —muy pocos por cierto— como *Papeles recogidos*, que son a manera de esponja suave que va absorbiendo de mentes y corazones todo cuanto a unas y a otros atormenta y desasosiega.

Y algo más obtendrá, quien lea *Papeles recogidos*: lecciones de castizo y buen decir. Porque Florentino Goenaga maneja nuestra rica lengua castellana con tal propiedad y donosura que leyéndolo se familiariza uno con giros elegantes, construcciones rigurosamente ajustadas a la armoniosa euritmia de la sintaxis y adquiere santo terror por los barbarismos que van obteniendo ya carta de ciudadanía en la prensa diaria. Y por mí que esto de escribir lo menos mal posible, se aprende leyendo frecuentemente a quienes escriben bien y esquivando toda oca-

sión de leer a quienes escriben pésimamente. De nada servirían la Gramática de Bello, las Lecciones de Literatura de Navarro y Ledesma y el Tratado de Puntuación del doctor Baena —que son para mí bagaje indispensable y sin el cual arriesga a sufrir hambre y sed quien se atreve a escribir para el público— de nada servirían, digo, si el resto de la alimentación intelectual consiste en cierta prensa que el señor Caro llamó «embrutecedora» y en las traducciones que de autores franceses hace la Librería Maucci de Barcelona.

Otros vínculos de simpatía he encontrado yo en el primoroso librito de Florentino Goenaga: El tema de muchos de los *Papeles recogidos* son escenas y costumbres de una ciudad, hoy ciudad muerta, de nuestra Costa Atlántica a la que cobré súbita simpatía y caluroso afecto, cuando di con mi pobre humanidad en ella, ya va para siete meses. Leyendo *Papeles recogidos* he evocado la rada abierta al viento del Nordeste, el mar que allí siempre agitado presenta tonos verde oscuros, la ciudad de calles rectas y desiertas, por las que vagan sólo a la hora del medio día esbeltos goagiros que van en busca de sus improvisadas tiendas; las noches de luna, tan calladas, tan silenciosas allí, que el espíritu se siente adormecido, aliviado, como bajo beleño de paz y dulzura. He evocado la hidalga y castellana hospitalidad de sus moradores, que se me antojan guardianes de casas y monumentos históricos, que albergan al viajero y le dan sopa apetitosa y lecho blando para reposar de las fatigas de la jornada.

Vínculo de simpatía también con *Papeles recogidos* por el amor a la naturaleza que en él revela su autor; amor varonil que se traduce en descripciones rápidas y sobrias, que diríanse apuntes para paisajes. Hé aquí una muestra entresacada al azar:

«El mar parecía un gigantesco monstruo que, cansado de luchas colosales y de trabajos inmensos, se había echado a dormir perezosamente, según estaba de tranquilo. Allá, a la izquierda, se alzaba poderosa la Sierra Nevada, destacándose en el azul sin manchas de un firmamento tropical los picos austeros y empinadísimos de La Horqueta, a la cual pedíamos perdón por haberla tratado de una manera poco respetuosa, suponiéndola capaz de juveniles amoríos. Lejos, muy lejos estábamos de los flancos rocallosos de la cordillera, y, sin embargo, distinguíamos a la simple vista el blanquear de las olas al estrellarse incesantemente en las piedras de la orilla. Alguno de nosotros sacó su album de viaje y bosquejó rápidamente, aprovechándose de la calma y silencio del Océano, los airosos y atrevidos contornos de aquella arruga nevada de la tierra. De vez en cuando, de entre el turquí profundo de la montaña, surgía poco a poco y como con temor una nubecilla diáfana, que era al esbelto monte lo que al rostro de hermosa dama es el discreto y elegante velo con que se recata. O bien la aurora, precursora de los esplendores del día, tocaba la cima de nieve con un lampo de carmín que la hacía enrojecer como doncella ruborosa, y que nos hacía estallar en ruidosa admiración por aquella maravilla de color y de luz. Por la proa, divisábamos, a lo lejos, tendida sobre el mar sonoro, como dijo Homero, cual fastástico monstruo, la célebre y temida punta de La Aguja; y por el lado del oriente veíamos la costa baja donde demora la ciudad querida más que todas, que, si a veces es cuna de disgustos insignificantes o de villanos rencores, no deja de ser nunca la mansión de los afectos puros y desinteresados que son cordial generoso para las almas buenas».

Ese amor por la naturaleza llevó al autor de *Papeles recogidos* a una excursión—exploración, diría el caboté-

nismo científico—por la Sierra Nevada y explica así su antojo:

«No fue el *spleen*, que de inglés no tengo nada; no fue tampoco deseo romántico de correr aventuras, gana de romperme la nuca: el romanticismo es ya cosa muy vieja y trasnochada. No, fue simplemente un prurito irresistible de moverme, de agitarme, de estirar las piernas, lo que me obligó a salir de mi casa el 15 de diciembre».

Y ya en el corazón de la montaña se pregunta Goenaga:

«¿No será cosa cercana de una felicidad modesta, humilde, parecida a la que cantó Fray Luis de León, el que, terminados los rústicos trabajos del día, se siente uno a su mesa y come con apetito y en sana paz alimentos que no proporcionan indigestiones ni dispepsias, y que luego se ponga uno al lado de un fuego alegre mascando el hayo sustancioso y metiéndose en la boca, cubierto de cal, el elegante palillo del *poporo* frágil? Y eso con la conciencia tranquila, sin deberle nada a nadie, pudiendo leer algún libro bueno o salir a darles un vistazo a las vacas y a los bueyes, acordándonos del soneto de Carducci:

*T'amo. o pio bove; e mite un sentimento....»*

Adivinase en Goenaga el sentimiento viril, hondo, firme y fuerte de la naturaleza, que se traduce no en églogas acarameladas, sino en las maneras del filósofo ginebrino, que subliman el amor al paisaje hasta adquirir los caracteres de un culto; maneras bien distintas de las de aquellos antiguos poetas bucólicos y pastoriles, tan insinceras y artificiosas.

Y por sobre todo, lígame espiritualmente al autor de *Papeles recogidos* el vínculo de un maleante escepticismo para los hombres y las cosas de este pícaro mundo y es-

pecialmente los hombres y las cosas de la política. Yo me he sentido «Máximo Ampudia, Representante al Congreso por el Distrito electoral de X en el Departamento de Z».

Y Máximo Ampudia es Florentino Goenaga en persona, que bajo apariencias *bonachonas* esconde inagotable vena de ironía...

J. H. P.

## MÁS SOBRE "PAPELES RECOGIDOS"

Publicamos a continuación la carta que el ilustre antioqueño doctor Eduardo Zuleta dirigió desde Medellín al doctor Florentino Goenaga.

El doctor Zuleta es médico notable y novelista insigne, que enriqueció la literatura nacional con su famosa novela *Tierra virgen*. Es miembro correspondiente de la Real Academia Española, y de número de la Colombiana. Su nombre figura como notabilidad mundial en el último diccionario de la Academia.

Medellín, diciembre 6 de 1915.

Señor doctor Florentino Goenaga.—Santa Marta.

Muy estimado doctor:

Hace algunos días que recibí un librito suyo titulado *Papeles recogidos* con una dedicatoria muy honrosa. Agradézcole debidamente una y otra cosa.

He leído el libro, casi puedo decirle que cariñosamente, primero por lo que significan los Goenagas para mi hermano (1) y para mí; y segundo, porque encontré en él ciertos toques de *tierra caliente*, que para mí tienen cierto encanto, debido a que nací y me crié en un pueblo pajizo, a orillas del río Cimitarra, bajo un sol esplendoroso y en donde las flores son grandes y olorosas y los árboles gigantescos y los espíritus tolerantes y hospitalarios.

(1) El doctor Juan A. Zuleta.

Hay en su libro un artículo sobre Paul Bourget, que me trae un recuerdo grato. Había aquí en Medellín un joven médico educado en París y de cultura intelectual tan exquisita, que nunca he vuelto a ver cosa semejante en esta sociedad (1). Por asuntos profesionales y más que todo por benevolencia de él para conmigo, nos veíamos con frecuencia y conversábamos sobre asuntos literarios. Un día de 1892 me regaló dos tomitos de Bourget, que eran los *Ensayos de psicología contemporánea*. Leídos con el mayor entusiasmo y cuando hablábamos de ellos, recuerdo haberle dicho estas palabras: un hombre que confiesa que la ciencia tampoco le ha explicado la razón de ciertas cosas que la religión no pudo explicarle, es hombre que volverá al punto de donde partió. Bourget volverá al catolicismo. Al hablar del *Discípulo*, llega usted a la misma conclusión. «Este libro es indicio que hace esperar que para el ilustre autor de *Mensonges* y *Cruel enigma* no están aún las fuentes de la fe totalmente exhaustas». Esto dice usted y era que en el *Discípulo* se acentuaba ya la evolución del insigne pensador francés.

Yo sabía que era usted un hombre muy instruido y de dotes literarias muy notables; pero me agregaban que era muy perezoso para escribir. Ahora me explico su pereza: es que prefiere usted leer, pues por la lectura de su libro advierto que es mucho y muy bueno lo que ha leído. Con todo, y aunque es mejor leer que escribir, no creo que sea el caso de colgar la pluma y darse a *recoger papeles*, pues el joven que acompañó a Farías y a Betancourt en el 77, tiene por delante de 1915 tiempo suficiente para seguir esclareciendo con la pluma el apellido Goenaga.

Pero ante todo merece usted la más sincera felicitación por su discurso al señor Obaldía y por su Manifestación a la Corte Suprema después del infame atentado

---

(1) Doctor Rafael Pérez.

del 3 de noviembre. ¡Qué página más gloriosa la que usted va a legar a sus hijos!

Mande usted a su seguro servidor y amigo,

EDUARDO ZULETA.

(*El Derecho*, de Barranquilla, 21 de diciembre de 1915).

## UNA CARTA

Barranquilla, 19 de diciembre de 1915.

Señor doctor don Florentino Goenaga.—Santa Marta.

Mi muy querido amigo:

Con su amable carta de fecha 16 recibí su *tomito*, como usted lo llama, de los *Papeles Recogidos*.

Con avidez y a la vez con gusto, he comenzado a leerlo y con toda sinceridad le digo que a medida que avanzo en su lectura más me gusta, porque en cada artículo nuevo que leo descubro una nueva peculiaridad de su estilo que no le conocía.

*Locura mansa* es un artículo que envidiarían muchos cronistas de fama: ese Burgos que usted describe con tanta originalidad, es un tipo acabado de nuestra sociedad y tan común es que, al doblar de cualquier calle, nos encontramos con él. Si no hubiera tantos Burgos en el mundo, Cervantes no habría podido escribir la obra que lo ha inmortalizado.

De viejo sabía yo que usted es un hombre ilustrado en la verdadera acepción de la palabra. Los conocimientos en el foro lo tienen colocado entre nuestros más connotados juriconsultos. Sabía que en achaques literarios usted está por encima de muchos de los que en Colombia, la tierra del saber, están calificados de insignes literatos; pero con franqueza, rayana en ingenuidad, le digo que yo ignoraba que supiera tanto como sabe de música y, no como quiera, de la clásica; pero su artículo *Recuer-*

dos me ha sacado del error y veo que con la misma facilidad e inteligencia con que juega usted con la literatura y con la ciencia del derecho, lo hace usted con la música: que lo mismo juzga usted una obra de José Enrique Rodó o de Gómez Carrillo que un trozo de Farbach o de Suppé.

No se equivocó usted al juzgarme profano en el florido campo de la literatura; pero para poder apreciar las cosas buenas no se necesitan conocimientos especiales, porque lo bueno se impone por sí mismo y así como lo bello de la naturaleza entra por la vista, lo exquisito del idioma lo interpreta el gusto por lo bueno.

Al darle a usted las gracias por el obsequio, me place felicitarlo por el éxito de su *tomito*, que con tanta justicia está juzgándolo la prensa del país.

Afectísimo amigo y colega,

PRÓSPERO A. CARBONELL.

(*El Adulid*, de Santa Marta. Diciembre 29 de 1915).

## UNA CARTA

Riohacha, enero 2 de 1916.

Señor doctor don Florentino Goenaga.—Santa Marta.

Muy apreciado amigo mío:

Me es muy placentero dirigir a usted mis sinceras frases de saludo, que espero se servirá hacer extensivo a su muy estimable familia.

Agradezco a usted en lo que él vale, el importante obsequio que usted se ha servido hacerme de un *tomito* de su bien recibida obra que lleva por título modesto el de *Papeles Recogidos*.

Ante todo, mi buen amigo, permítame que le signifique mi agradecimiento por la dedicatoria que me hace y, luégo venga a felicitarle muy de corazón, por la acepta-

ción que han dado sus amigos y el público a esas producciones suyas que en conjunto vienen a pregonar el lucido triunfo de que ha sido objeto en el campo de las letras, un distinguido y apreciable paisano como lo es usted de todos los hijos de ésta su tierra natal.

Apenas comienzo a saborear la lectura de *Papeles Recogidos* y ya empieza a robustecer en mi alma la ratificación de nuestra buena amistad, a traer a mi mente gratas y delicadas fruiciones de tiempos mejores, de tiempos ya idos que desfilaron en desconsoladora caravana en obediencia a la ley a que están sujetos y que nos dieron el adiós que se repite cuando quiera que remembramos nuestras edades de flores.

*Papeles Recogidos* es una miscelánea artística que su lectura trae al espíritu grandes recreaciones, por su estilo claro y sencillo, por su forma literaria, por su aticismo y para todos aquellos que contemporicen con nosotros, en la suerte y decaimiento de la tierra que es madre también del espíritu, el recuerdo de épocas mejores, de ambientes delicados, cuyos son los que corresponden a mejores edades y perfuman el florecimiento de los pueblos.

Una nota simpática y que responde al patriotismo vigoroso y firme y que resplandece sentida y delicadamente, en las páginas de *Papeles Recogidos* es, así lo palpita todo corazón patriota, su nota protesta dirigida al Presidente de la Corte Suprema de Justicia, en Bogotá, en su carácter de Magistrado y Presidente del Tribunal Superior de Panamá con motivo a la secesión de esa porción de tierra del seno de la patria colombiana. Y esa nota, que bien podemos decir que es el epílogo de la obra patriótica que forma su discurso, que en nombre de la ley sentara al señor Obaldía en la silla de la Gobernación de ese Departamento traidor, constituye para usted un documen-

to muy apreciable, por cierto, y es timbre de orgullo para la tierra de Padilla.

Deseando a usted y familia, unido a la mía, un feliz y próspero año nuevo, me repitió su afectísimo amigo que lo distingue,

FRANCISCO C. FUENTES.

(*El Adalid*, de Santa Marta, enero 25 de 1916).

Bogotá, diciembre 30 de 1915.

Señor don Florentino Goenaga.—Santa Marta.

Mi estimado amigo:

Tuve el gusto de recibir su precioso libro *Papeles recogidos*, que ya usted me había anunciado en su carta de pésame, como obsequio que me hacía en recuerdo de mi madre y del señor Obispo Celedón.

En aquellos primeros días de hondas amarguras y de constantes lágrimas, su carta y el libro no fueron de los menores consuelos que vinieron de mis amigos a tranquilizar mi espíritu atribulado. La carta (justa, no me pesa el decirlo) en cuanto reconoce y alaba las virtudes de aquella mujer, la madre de mi vida, verdadera mujer fuerte del Evangelio, que sufrió con paciencia y resignación muchas calamidades, satisfizo mi corazón de hijo amante, mi orgullo de descendiente, puesto que era el fallo de persona capaz de discernir el verdadero mérito, y de suficiente autoridad para hacerlo conocer y grabarlo en la memoria de las presentes y de las venideras generaciones de nuestra tierra.

Dios le pague ese juicio que en tan fáciles y bellas expresiones ha formulado usted sobre el sér que más he amado en el mundo y que aun cuando yo creo que no podía ser otro distinto, no por eso deja de obligarme al mayor agradecimiento para con usted, porque fue espon-

táneo y hecho para avivar mi fe de creyente y llevar mi conciencia a la certidumbre de que la viejecita de mi vida tenía que estar gozando de la paz y gloria eternas.

Al nombre de mi madre ha unido usted, engrandeciéndolo, o mejor, calificándolo con exactitud, el de otro ser no menos querido para mí, ni menos lamentado: el del señor Obispo Celedón, mi protector que me sacó de la nada, me levantó en el temor de Dios, en el cumplimiento del deber, y a quien todo debo en la vida, con la educación que de él recibí. Y en esto, en la unión que hace usted de esos nombres, he visto su misericordioso propósito de consolarme y de darme alegría, pues es imposible que al pensar yo en el señor Obispo y al recordar sus prédicas sobre la vida eterna y el premio que Dios reserva a los buenos, prédicas en las cuales ardía la más viva fe, pueda dudar de que mi buena madre y el mismo señor Obispo no hayan recibido la recompensa del cielo y de la vista del Señor.

En esa confianza, vuelven los ánimos a mi cuerpo, y recobrando las entendederas he podido releer y saborear nuevamente las bellas y jugosas páginas de *Papeles recogidos*.

«No somos jueces en materia de lecturas, a lo sumo por razón de oficio podríamos serlo de las que se escriben en papel sellado; pero la circunstancia de ser ajenos a la literatura no nos priva del derecho de proclamar que» la obra de usted es una verdadera joya literaria por la facilidad y gallardía del estilo, la corrección y propiedad del lenguaje, la exactitud y la vida de las descripciones, la fineza de las críticas, la filosofía de las conclusiones, y en resumen por la placidez que deja su lectura en el espíritu del lector.

Para mí la *Prefación* es lo mejor de la serie de artículos, discursos y composiciones poéticas (¿por qué no?) que constituyen el libro, y me parece que muy al con-

trario de lo que en ella se dice, quien la lea tiene necesariamente que entrarse de hecho en la lectura de la obra, pues si tal es la portada, dirá el lector inteligente, ¿cómo será la esplendidez del palacio por dentro y cómo ha de hallarse a gusto en él quien tenga espíritu cultivado y entienda de la belleza de la forma y pueda descubrir la fina intención de los temas? Y a fe que acometerá con interés la lectura y que no será desengañado, y que si pone marca o seña en alguna página, será sólo para volverse a la portada y recrearse en la gracia, en la fina talla de sus molduras, en la armonía que guarda con el cuerpo del clásico edificio, y para exclamar: «tal uña para tal león».

*Veinte años después* y *La Virgen de Perebere* me han traído dulces recuerdos de mis primeros años de vida provinciana en contacto directo con la naturaleza: con las sierras, llanos, ríos, bosques, barrizales y playones, cuadrúpedos, plantas y gentes de Padilla. La peregrinación a *Perebere* (fiestas a que nunca asistí) es una copia fidelísima de las peregrinaciones a la *Sierrita* en los días de Nuestra Señora del Rosario; y el viaje a la Nevada en buey, reproducción de los mil viajes que hice a la Sierra Negra y al cerro del Machín, caballero también sobre un manso cornúpedo.

En estos cuadros se ha puesto usted a la altura de Marroquín en la descripción de los campos de *Yerbabuena*, de Pereda en la de los montes que rodean el mar Cantábrico, y del señor Celedón en la de la misma cordillera de la Sierra Nevada.

Un pintor inspirado y hábil, desde su estudio y no más que leyendo estas dos producciones suyas, podría reproducirnos en colores, con todas sus luces, con todas sus sombras, con todos sus perfiles, con toda su alegría, la costa brava de Dibulla con sus embarcaciones primitivas y sus rudos y dicharacheros marinos, y los caminos de la Sierra partiendo desde el mar, con sus crista-

linos arroyos; sus frescos y exuberantes bosques; sus escaleras y rampas interminables, accesibles sólo a las pezuñas hendidas de los bueyes; sus enjambres de menudos y brillantes mosquitos, tormento de hombres y bestias por su agudo punzón y por su musiquilla infernal, sus tambos abiertos y hospitalarios, si hospitalidad es un techo agujereado, un fogón de tres piedras y algunos apagados troncos; las nieblas tupidas de las cañadas y callejones y el sol brillante que luce en los picos de los cerros y en las planicies de las peladas lomas, sol que alegra el corazón y decide a apretar el paso para alcanzar el calor de sus vivificantes rayos; las blancas y gentiles casitas de los pueblecitos términos del camino, y las murallas que rodean a aquéllos, construidas no para resistir a los morteros 42 y a los obuses alemanes, ni siquiera a las culebrinas y trabucos naranjeros de la Nueva Granada, sino para contener los ganados y mantener el aseo y limpieza de los caseríos.

Todo esto, y la cabalgata en melancólicos y marrulleros burros que ni temen puyas ni mueven palos, camino de *Perebere*, y el entusiasmo de la abigarrada romería y hasta las mismas borracheras de los peregrinos, podría sacar el pintor de mano ligera y fino pincel, de la representación menuda, detallada y viva que con pulcras y honestas palabras ha hecho usted de estas cosas y de estas escenas.

Su hermano el doctor José Manuel Goenaga hizo ilustrar por un ingenio bogotano, con exquisitas y delicadas miniaturas al margen, la oda del señor Obispo Celedón *La vida del Aruhaco*. ¿No sería el caso de que en Italia, la tierra de los pinceles divinos, hiciera él ilustrar también, para solazarse en gratos recuerdos de la patria chica, siquiera fuesen estos dos primorosos artículos de usted?

Pero no solamente cosas fáciles y risueñas trae su libro. En él se encuentran también seria crítica literaria, lecciones eruditas sobre escritores y poetas, sobre políticos y pensadores nacionales y extranjeros, y por encima de todo, el grito de indignación, la protesta más enérgica que haya salido de corazón patriota contra la traición de Panamá, contra el robo de nuestro territorio máspreciado por un ladrón poderoso, pieza ésta que yo conocía pero que admiro más y más cada vez que repito su lectura y siento con ella hervir mi sangre de colombiano.

¿Qué pueden valer ante esa protesta, piedra enorme marcada con palabras de fuego que lanzó usted a los traidores panameños y a los filibusteros americanos, las *piques* de las romas plumas de *El Tiempo* y de los babosos picos de M., S., L., etc., cuando zumbaban alrededor de usted en el Congreso en el asunto del ferrocarril de Santa Marta?

Gómez Restrepo, Zuleta, los de *El Nuevo Tiempo* y otros escritores y literatos de fuste han hecho la crítica de su libro alabándolo y ensalzándolo cual se merece. Yo, que apenas tengo noticias de las cosas literarias, nada puedo añadir que lo pueda hacer subir más en el aprecio de los lectores inteligentes. Sólo digo que en él he aprendido muchas cosas buenas que ignoraba; que me he deleitado por varias horas con su lectura; que a la tónica de las páginas sobre la secesión de Panamá han vibrado mis fibras de indio caribe, y que por todo eso le he agradecido mucho el obsequio de tan excelente producción.

Su amigo afectísimo, seguro servidor,

LUIS JOSÉ BARROS.

## DOS CARTAS DE LITERATOS

Saben nuestros lectores que Mr. James Fitzmaurice Kelly es quizás el más notable cervantista e hispanófilo de lengua inglesa. Es catedrático de literatura española en la Universidad de Liverpool; autor de una estimadísima biografía de Cervantes; editor de una magnífica y perfecta edición del Quijote. También dictó un curso de conferencias sobre literatura castellana en los Estados Unidos y ha publicado una Historia de la Literatura española en la famosa colección de Edmund Gosse. El señor Fitzmaurice-Kelly ha tenido la envidiable suerte de encontrar con traductores dignos de él: el doctor Diego Mendoza, nuestro actual Ministro de Hacienda, tradujo, con prólogo del señor Cuervo, las conferencias, y la Historia fue vertida por don Adolfo Bonilla y San Martín, discípulo de Menéndez y Pelayo, con prólogo de éste.

De otro lado, el señor don Francisco Rodríguez Marín es uno de los más insignes literatos españoles de esta época. Es el comentador de la edición del Quijote publicada por *La Lectura*, de Madrid, autor de numerosas obras de erudición literaria premiadas por la Academia española, de la cual es individuo de número, y es el sucesor de Menéndez y Pelayo en la dirección de la Biblioteca nacional de Madrid.

Las cartas que siguen, de los señores Fitzmaurice Kelly y Rodríguez Marín, han sido dirigidas a nuestro querido compatriota el señor doctor Florentino Goenaga, quien nos ha facilitado una copia de ellas:

«Liverpool, 12 de diciembre de 1915.

«Señor don Florentino Goenaga.—Santa Marta.

«Muy señor mío y de mi mayor consideración: Agradezco infinito su fineza para conmigo. Sus *Papeles Re-*

*cogidos* me llegan poco antes de mi partida para el campo y pienso llevar conmigo la obra de usted. No he tenido todavía tiempo de leerla toda con el detenimiento debido, pero sí he leído ya lo suficiente para convencerme de su interés, variedad e independencia crítica. Mucho me han gustado sus sugestivas y penetrantes observaciones sobre hombres tan distintos como Gladstone, Valera y Maupasant. Si, como tengo la seguridad de antemano, los demás ensayos me proporcionan igual deleite, he de pasar bien las vacaciones de Pascua.

«Mil memorias a su señor hermano don Teodosio, de quien me acuerdo con frecuencia. ¿Qué se ha hecho de él, que nunca me escribe? Entretanto reciba usted esta expresión de mi agradecimiento y créame de usted reconocido servidor q. s. m. b.,

JAMES FITZMAURICE KELLY.

(NOTA: Hoy es Mr. Fitzmaurice Kelly profesor de la Cátedra Cervantes en la Universidad de Londres).

---

«Madrid, 9 de diciembre de 1915.

«Señor don Florentino Goenaga.—Santa Marta.

«Muy señor mío, de mi distinguida consideración: Recibidos anteayer, por su amable y atenta esuela de 1.º de noviembre, los tres ejemplares que ha tenido a bien enviarme de su interesante libro intitulado *Papeles Recogidos*, he cumplido con mucho gusto el encargo de usted. Adjunto el acuse de recibo oficial de esta Biblioteca (la Nacional de Madrid), por lo tocante a su ejemplar, y confío en que por el mismo correo en que vaya esta carta recibirá usted los avisos correspondientes de la Academia española y de la Biblioteca de Su Majestad el Rey.

No solamente los dos artículos que usted me indica

(*Bastidas y Santa Marta y En el 20 de julio*), sino todo el libro, que he leído de un tirón, me ha parecido muy curioso y excelente. Mil enhorabuena.

«Y usted mande, como puede, a su afectísimo admirador y amigo que tendrá mucho gusto en serle útil por aquí y l. b. l. m.,

«FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN».

(*El Derecho*, de Barranquilla, 25 de enero de 1916).

### “PAPELES RECOGIDOS”

Una serie de artículos deliciosos, escritos con envidiable aticismo, en distintas épocas de la vida, y desde latitudes diversas, ha sido publicada recientemente por su ilustre autor, el doctor Florentino Goenaga, en un libro que lleva el nombre con que encabezamos estas líneas. Corresponde el ejemplar que nos ha llegado a una nueva edición en la cual se suprimieron algunos escritos de la anterior y se agregaron otros tantos de data más reciente. Así lo dice en su modesto prólogo el autor, no sin expresar pena de lo primero «por el amor que todo padre tiene a sus hijos, siquiera sean éstos desmedrados o tontos».

No obstante, para nosotros todos ellos tienen carácter de novedad, porque de esa primera edición no habíamos tenido antes ningún conocimiento; hecho bien explicable dados los pocos ejemplares que se imprimieron y el haber sido repartidos, como estos otros, entre parientes y amigos del autor; y porque nuestra edad en aquella época y nuestras relaciones de amistad con él, no dieron margen quizá para un obsequio que consideramos tan valioso y meritorio.

Leer, en efecto, el primer artículo, es quedar invitado para seguir leyendo los demás, como si tratárase del programa de fiesta alegre y encantadora; y la amenidad que se experimenta en esas horas, que podríamos llamar

de expansión para el espíritu, cuando con la vista fija en las páginas del libro, pasamos una, otra y otra hoja, hasta querer saborearlas todas en un solo momento, reafirma la primera impresión. Pero especial deleite fuerza es que tengan todos ellos para los que, como el autor, vimos la primera luz en estas soleadas y bullidoras riberas del mar; para quienes conocemos los sitios aledaños donde se desarrollaron muchos de los episodios allí narrados con tanta exactitud. Porque ¿quién al zarpar de esta rada, hacia Santa Marta, en una de las goletas que frecuentan esa travesía, no ha presenciado una vez siquiera ese cuadro, magistralmente bosquejado en *Nordeste*, cuando por la proa divisamos a lo lejos, tendida sobre el mar sonoro, como dijo Homero, cual fantástico monstruo, la célebre y temida punta de la Aguja; y por el lado de oriente veíamos la costa baja donde demora la ciudad querida más que todas, que si a las veces es cuna de disgustos insignificantes o de villanos rencores, no deja de ser nunca la mansión de los afectos puros y desinteresados, que son cordial generoso para las almas buenas? Y ¿quién no ha sentido ese despecho a que se alude en la misma narración, cuando sin la menor racha de viento, en esas desiertas soledades, las velas del buque flamean y es presa el viajero del más vivo anhelo de un pronto arribo?

Al igual de este artículo, se advierte en otros tantos, escritos en la primera edad, el amor intenso y de pureza cristalina que alienta por la patria chica quien, al correr de los tiempos y en hora negra para la patria grande, cuando un silencio vergonzoso y traidor sellaba los labios a los encargados de sostener la soberanía nacional, allá en el istmo de Panamá, había de escribir la vibrante manifestación de protesta que, como eco de indignación y de dolor, repercutió en el corazón de la Repú-

blica! Nada más enérgico, ni más levantado y digno en aquellos aciagos días para el patriotismo colombiano, en quien no podía disponer de otro acero que la pluma para rechazar la afrenta. Timbre de orgullo y blasón de alto mérito debe ser esa página, para quien supo escribirla y aun para quienes heredan su nombre.

Siendo todos estos artículos de índole diversa, muchos hay donde la regocijada pluma del autor se desliza con tonos de tanto relieve descriptivo, que el lector se siente, por momentos, como ocurre en *Veinte años después, caballero en el bucy «Calzón, el gran Calzón, el más flemático, testarudo y lerdo que jamás rumió ricos pastos en las dehesas de la sierra», vadeando el río Dibulla, o atravesando los desfiladeros de Voladorcito, con la inquietud del peligro, y oyendo allá a lo lejos, en el fondo del abismo, el estrépito del río Cañas que se precipita en grandes peñascales.*

Encuéntrense otros, no menos interesantes, saturados de esa sana filosofía que lleva a los espíritus el suave cordial de la tolerancia, en una de las pasiones más ardientes que agitar puedan el corazón del hombre, como es la política de partidos, que son fuente de enseñanza bienhechora y de trascendental importancia en estos países americanos, donde la intransigencia en las ideas ha venido causando tantos quebrantos, desde los comienzos en su vida de naciones libres. Y cuadran más, si cabe, aquí en Colombia, donde se ha querido confundir la cuestión religiosa con los principios políticos; donde se ha pretendido ver en cada liberal o republicano a un enemigo jurado de la Iglesia Católica, y en cada conservador—por descreído y mal cristiano que éste sea—a un adicto y ciego defensor de sus instituciones. Porque, como muy bien lo dice el doctor Goenaga—con la autoridad que le dan sus profundos conocimientos y sus arraigadas e insospechables convicciones conservadoras—un hombre pue-

de sostener, en distintas épocas, variadas opiniones políticas y rendir tributo siempre a la religión católica, apostólica y romana. Y es que, en realidad, la religión y la política no pueden ni deben confundirse, y menos aún en país donde la mayoría, casi absoluta de sus habitantes, profesa unas mismas creencias religiosas. Tales prácticas sólo fomentan enconos entre los hombres y mengua en el respeto debido a los encargados de velar por la santa doctrina.

JUAN LÁZARO ROBLES.

Riohacha, diciembre de 1915.

(*Rigoletto*, de Barranquilla, 26 de diciembre de 1916).

## GLORIAS DE RIOHACHA

Con el epígrafe «Bibliografía literaria» publica *La Nación* de Barranquilla, en el número 481, un artículo en el cual su autor canta, sin pretenderlo siquiera, una de las muchas glorias de que puede vanagloriarse nuestra ciudad de Riohacha. No porque cuente, uno por uno, los memorables hechos de su gloriosa historia, no: sino porque en su artículo alaba, muy dignamente por cierto, una de las producciones literarias de uno de sus más preclaros hijos, del que fue en la última Legislatura Vicepresidente del Senado, señor doctor don Florentino Goenaga.

No he saboreado las páginas de que se compone su obra *Papeles recogidos*; pero por las alabanzas que la prensa le ha tributado, debe de ser una obra magistral, una obra verdaderamente castiza, una obra que leerán con gusto cuantos amen el buen decir de Cervantes y de la mística doctora Santa Teresa de Jesús. Pues se ha dicho, y con mucha razón, que el doctor Goenaga es maestro en nuestra rica habla castellana; que cuando en el Senado y fuera de él se ha oído su palabra, le han escuchado todos con

gusto y hasta con fruición; que en sus discursos y en sus escritos no se encuentran esos barbarismos y galicismos que tanto afean y desgarran la hermosa lengua castellana: todo en él está rigurosamente ajustado a la armoniosísima y delicadísima euritmia de la sintaxis; sus giros son bellos, elegantes, como aquellos que a cada momento podemos leer en el inmortal *Don Quijote*. Y para que nuestros lectores se convenzan de esta verdad, lean y recreéense en este párrafo que por casualidad, podríamos decir, he leído en algunos periódicos.

«El mar parecía un gigantesco monstruo que, cansado de luchas colosales y de trabajos inmensos, se había echado a dormir perezosamente, según estaba de tranquilo. Allá a la izquierda, se alzaba poderosa la Sierra Nevada, destacándose en el azul sin manchas de un firmamento tropical los picos austeros y empinadísimos de la Horqueta, a la cual pedíamos perdón por haberla tratado de una manera poco respetuosa, suponiéndola capaz de juveniles amoríos. Lejos, muy lejos estábamos de los flancos rocallosos de la cordillera, y, sin embargo, distinguíamos perfectamente a la simple vista el blanquear de las olas al estrellarse incesantemente en las piedras de la orilla. Alguno de nosotros sacó su album de viaje y bosquejó rápidamente, aprovechándose de la calma y silencio del océano, los airosos y atrevidos contornos de aquella arruga nevada de la tierra. De vez en cuando, de entre el turquí profundo de la montaña, surgía poco a poco y como con temor una nubecilla diáfana, que era al esbelto monte lo que al rostro de hermosa dama es el discreto y elegante velo con que se recata. O bien la aurora, precursora de los esplendores del día, tocaba la cima de nieve con un lampo de carmín que la hacía enrojecer como doncella ruborosa, y que nos hacía estallar en ruidosa admiración por aquella maravilla de color y luz. Por la proa, divisábamos a lo lejos, tendida sobre el mar sonoro, como

dijo Homero, cual fantástico monstruo, la célebre y temida punta de la Aguja; y por el lado de oriente veíamos la costa baja donde demora la ciudad querida más que todas, que si a las veces es cuna de disgustos insignificantes o de villanos rencores, no deja de ser nunca la mansión de los afectos puros y desinteresados que son cordial generoso para las almas buenas».

Además de esto, el señor Goenaga no es como esos hijos espurios que al despedirse de su patria chica la olvidan y hasta se mofan de ella; nada de eso. El señor don Florentino ama con delirio el suelo que le vio nacer, se extasia ante los luminosos rayos del sol que baña la cúpula del templo, bajo cuya sagrada bóveda guarda el tesoro más grande de su corazón, la *Virgen de los Remedios*. Por eso se duele al ver decaída la ciudad de sus dorados ensueños, y por ella ha trabajado, trabaja y trabajará mientras por sus venas corra una gota de sangre. Esto he deducido de los trozos que he leído de la obra *Papeles recogidos*, obra que le hará inmortal.

Vaya, pues, mi cordial felicitación y mi entusiasta enhorabuena al ilustre literato doctor Goenaga, que tan alto ha sabido colocar su nombre, tanto ha enaltecido la cuna que le meció y tanto brillo y gloria ha dado a su noble y hospitalaria ciudad.

Si se me brindase ocasión de poder leer la obra, objeto de tantas alabanzas por parte de la prensa e hija de la fecunda inteligencia del doctor Goenaga; si tuviese la satisfacción de saborear las floridas páginas de *Papeles recogidos*, quizá en otra mejor ocasión, me atrevería a colocar alguna florecilla a la inmarcesible corona que sabios críticos, en hora buena, le han sabido entretejer.

J. PINEDA.

(*Ecos de la Misión*, de Riohacha, enero 15 de 1916).